

EL HOMBRE DE LAS 20.000 CITAS DE AMOR



SINATRA

DIA Y NOCHE

Por KURT SINGER

II TODAS LAS
MUJERES CON-
DUCEN A AVA

A

L día siguiente de la loca noche de San Silvestre, el primero de año de 1943, Robert M. Weitman, el director del teatro Paramount, no oculta su asombro. Cuando contrató a Sinatra por un mes, a razón de 1.000 dólares por semana, había pensado en él como un valor sólido, pero de ninguna manera como un fenómeno. Le gustaba su

SIGUE



Cuando «La Voz» cantaba «Iré solo» una chica exclamaba con acento angustiado: «Yo iré contigo, Frankie.» Cada nueva palabra suscitaba una respuesta espontánea, como en un diálogo salmodiado. Le habían erigido en el héroe número 1 de los Estados Unidos. Su voz ha llenado un capítulo importante de nuestro siglo...

SINATRA

nuevo estilo, pero estaba lejos de esperar la ovación que hizo tambalearse el teatro aquella noche.

—Comprendo—confió a uno de sus colaboradores—que la gente procure olvidar las malas noticias de Europa. En tiempo de guerra, la multitud es un monstruo fácilmente excitable. Hay que contar también con la euforia de las fiestas de Año Nuevo. Pero todo ello no basta para explicar esta súbita explosión de histeria.

El corazón de las jóvenes está disponible, América espera una emoción nueva, busca un ídolo que no haya ido a la guerra. El terreno es favorable. De aquí a provocar un gran incendio no hay más que un paso.

Hoy se sabe la verdad. Alguien «calentó» el teatro. Se trataba de un hombre muy pícaro, Milton Rubin, el agente de prensa de Frank. La tarde de la explosión se apostó en el vestíbulo del teatro Paramount y entregó monedas de 50 centavos a las chicas que entraban.

—Vamos—decía a cada «teen-ager»—, comprad con esto cotufas

por cuenta de la casa. Y cuando Sinatra salga a escena gritad todo lo que podáis.

Al término de la segunda semana del espectáculo, las jovencitas asaltaban aún el teatro y llenaban la sala con sus alaridos.

Frank pide un aumento y obtiene un salario cuadruplicado: 4.000 dólares. Cinco meses más tarde, de nuevo en cartel en Times Square, cobra 7.500 dólares por semana. «Un verdadero bohemio que gana como un verdadero negociante», dice de él el alcalde de Nueva York.

El entusiasmo de las «teen-agers» durará más tiempo que la carrera del agente de prensa que originó esta epidemia. Robin es expulsado poco tiempo después (tal vez a esto se deba que se conozca la historia de los «centavos de entradas») y es reemplazado por George Evans. Este no encuentra mejor apoyo publicitario que un destacamento de enfermeras bien entrenadas y una ambulancia que estaciona permanentemente durante el espectáculo en las proximidades del teatro. Su presencia permite a los transeúntes darse cuenta en todo momento de la histeria colectiva desencadenada por «La Voz».

a desmallo por noche

Todas esas muchachas que caen en éxtasis no están pagadas para que se desmayen, y se ve entre otras a una joven de dieciséis años, con gafas y cola de caballo, que pierde el conocimiento, por su propia iniciativa, todas las tardes a la misma hora. Esta cliente, completamente sincera, justifica por sí misma el servicio de guardia de las enfermeras apostadas a algunos metros de distancia.

La condición de ídolo de las masas expone también a las estrellas a los gestos de locura o a los sacrilegios. Una tarde, cierto muchacho lanza desde la primera fila de butacas la primera andanada de huevos podridos contra la cabeza de Frank. Aunque alcanzado en pleno rostro por los proyectiles, el cantante conserva su sonrisa. ¿Recuerda cuando él se atrevió a interrumpir a Bing Crosby? Sí, pero él se mantuvo dentro de ciertos límites y, además, se trató de un desafío musical. Las chicas, indignadas, se encargan de expulsar de la sala al profanador.

Este episodio abona el rumor de los que pretenden que los «hinchas»

de Frank no acuden por el espectáculo, sino para encontrar un pretexto para sus demostraciones salvajes. Otros intentan definir «científicamente» las razones de la atracción misteriosa que ejerce Sinatra sobre la juventud, y hablan de hipnotismo y de sugestión colectiva. Los psicólogos, más prudentes, ven en ello un fenómeno de guerra, de generación frustrada.

Un testigo que observó atentamente a los fanáticos de Sinatra cuenta:

—Cuando Sinatra interpreta «Iré solo», la chica que está a mi lado exclama, presa de una angustia aparentemente sincera: «Yo iré contigo, Frankie», y así cada nueva palabra de «La Voz» suscita una respuesta espontánea, como en un diálogo salmodiado. Si en la canción se dice que «nadie le ama», hay inevitablemente una entusiasta que gime: «No digas eso, Frankie, ¿y nosotras?». Y si el ídolo dice «No», el auditorio clama «Sí» tres o cuatro veces.

Cuando Frankie abandona el escenario y se refugia detrás del telón, la orquesta ataca inmediatamente el himno norteamericano y grandes proyectores se concentran sobre la inmensa bandera de los Estados Unidos

que ondea al viento del entusiasmo impetuoso de las adolescentes electrizadas. Es el único final que puede evitar un tumulto.

Los clubs de admiradores del cantante comienzan a nacer en aquella época por todo el territorio de los Estados Unidos como pozos de petróleo. Por lo demás, sólo un paso separa a unos de otros, porque Frank gana bastantes dólares para hacerse propietario de oro negro. En Washington, una tal Rita Stearns se proclama ganadora de un concurso de la mejor redacción sobre el tema «Por qué me desmayo ante Sinatra». Se lee en el original, entre otras cosas: «Lo dejo todo y me precipito hacia el receptor de radio en cuanto se anuncia que va a cantar Frank. Mis tres hermanas están también locas por él, sin olvidar a mi madre, que es la más entusiasta de toda la familia.»

No pasa mucho tiempo antes de que la gigantesca agencia «Music Corporation of America», vivero de talentos, preste oído a este tumulto sin precedentes. Sus dirigentes descubren al mismo tiempo el reverso de la medalla: Sinatra se ha dejado explorar. La G. A. C. cobra el 10 por 100 como empresario, el 33,5 por 100 va a Tommy Dorsey, el 10 por 100 al agente de este último, más todavía al agente de prensa Evans, sin contar lo que el cantante debe ceder a su adaptador musical Stordhal y a su secretario particular Bobby Burns.

La M. C. A. ve inmediatamente el papel que puede desempeñar: el de la providencia que salva a Sinatra de este despojo organizado, y le libra de los tiburones.

La agencia le envía como embajada lo mejor que tiene en hombres de negocios. Cargado de gruesas sortijas y masticando los cigarros más enormes, viene vestido de negro y adopta para hablarle un tono afligido como si hubiera venido a expresar su más sentido pésame.

—Amigo, ¿cómo no hace nada para evitar que le tomen por el pito del sereno? —le dice sacudiendo la cabeza con mucha pena.

—¿Y qué puedo hacer?—contesta quejumbroso Sinatra, en plan de víctima resignada.

—La huelga.

no siga llenando las bolsas de esos buitres

Este lenguaje de consejero es nuevo para Frankie:

—Juegue duro, muy duro. Declárese en huelga de voz. Podría encon-

trarse con una buena laringitis e incapaz de cantar, escapando así a todos esos contratos onerosos que está cumpliendo.

—¿Sí?—dice Frank, a quien seguramente nunca se le hubiera ocurrido tal picardía.

—Claro que sí. En primer lugar, usted no canta. En segundo, usted no gana dinero y no llena los bolsillos de esos buitres. Tercero, descubrirán que tienen tal apetito que se harán más condescendientes. Nosotros presentamos entonces un contrato más decente para usted y ¡ya está!, usted recupera milagrosamente su forma y una voz atronadora...

Así se hizo. Afectado por una misteriosa pérdida de voz, el cantante se atrincheró en su cuarto. Sus amigos hacen piquetes de huelga delante de su puerta. Esta brusca detención de trabajo es objeto de titulares tan grandes como los que se emplean en caso de una huelga general. Y en-

tonces la enfermedad se cura y canta mejor que nunca. La G. A. C. acepta reducir sus pretensiones a la mitad del 10 por 100 hasta que caduque el contrato. Dorsey y su manager se contentan con una entrega de 60.000 dólares al contado. Para facilitar las cosas, la M. C. A. adelanta a Frank 35.000 dólares. Mammy Jacks presta el resto. Sinatra se siente tan agradecido que, después de devolver el dinero, le envía en concepto de regalo de Navidad un cheque de 10.000 dólares que Jacks rechaza.

Durante este tiempo, Nancy, en su hogar, espera un segundo hijo. Frank se echa a la busca de un nuevo alojamiento y encuentra un chalet en Cape Cod, siempre en Nueva Jersey.

Como su nueva agencia le hace trabajar a pleno rendimiento, considera más práctico residir en un hotel de Nueva York en lugar de atravesar el río para ir al hogar familiar. Y cuando encuentra a alguna guapa

chica escondida en su departamento no tiene el valor de tirarle la primera piedra: ¿No ha cantado tiernas romanzas a todas esas jóvenes norteamericanas con el corazón vacío de amor?

pío XII: "¿qué óperas canta usted?"

En 1943, Sinatra va a divertir a los ejércitos en los campamentos, así como lo hicieron Crosby, Bob Hope y, sobre todo, Marlene Dietrich, que consagrará a esto buena parte de su tiempo hasta el día «V». Al principio teme un poco que los soldados le reprochen su exención del servicio, pero obtiene un recibimiento caloroso. En Italia llega a subir a bordo de un avión ambulancia, en el que da una representación para los heridos. Naturalmente, como le dice Marlene, «el teatro de operaciones en Europa no puede parecerse al teatro Paramount»; pero Frankie se hace rápidamente popular.

Llega a Roma poco después de la entrada de los aliados. Es recibido por el Papa. Se cuenta que en la audiencia, encantó al Papa y le inscribió en su «pandilla de hinchas». La verdad es bastante diferente. Su Santidad había oído vagamente hablar de él, pero ignoraba completamente lo que cantaba.

—¿Es usted un tenor?—le preguntó el Santo Padre.

—No, Santidad, barítono.

—¡Ah, barítono! ¿Qué óperas canta?

Sinatra vaciló un momento:

—No canto óperas. Además, nunca estudié el canto.

El Papa sonríe y cambia de conversación.

Al salir del palacio, el cantante dice a sus compañeros:

—No podía decirle que mi mayor éxito ha sido «La vieja magia negra».

De regreso a Nueva York se encierra en su departamento del Waldorf y se pasa tres días telefonando mensajes tranquilizadores a las familias de los soldados que ha conocido en Europa.

recuerdos escabrosos

Frank se instala definitivamente en Hollywood en 1944. Había ido por primera vez a la Meca del Cine con la orquesta de Tommy Dorsey y se había llevado el recuerdo de algunas imágenes muy turbadoras. Una noche, de regreso de una velada con baile en el Paladium, volvía a su cuarto del hotel cuando vio a una guapa



Comienza uno de los episodios más apasionantes en la vida de Sinatra: su encuentro con Ava, «el más bello animal del mundo» está a punto de hacer naufragar su carrera. Ava es una estrella en plena ascensión, tiene que plegarse a sus caprichos, a sus arbitrariedades. La sigue a todas partes, el público observa que «La Voz» está perdiendo facultades. A él sólo le importa conservar a Ava junto a sí.



En la agenda del «hombre de las veinte mil citas de amor» está anotado también otro nombre: el de Lana Turner.

SINATRA

pelirroja que le esperaba junto a su puerta, apoyada en la pared y fumando como una vampiresa en una larga boquilla.

La chica se adelantó hacia él con los brazos abiertos hasta rozar su rostro y le susurró:

—Frankie, has estado sencillamente maravilloso esta noche. ¿Te das cuenta de lo que haces a las pobres mujeres?

Y aferrándole por las solapas de su «smoking», continuó:

—No tengas miedo, no voy a raptarte; sólo quiero un autógrafa.

—No traigo ni un papel.

—Es inútil, quiero que lo escribas sobre mi corazón.

En 1944, estos escabrosos recuerdos se borran ante la imagen oficial de su felicidad familiar. Los Sinatra y sus dos hijos, Sandra y Frank Wayne, que acaba de nacer, viven en una gran casa de estuco gris a orillas del lago Toluca. Han bautizado a su nueva vivienda con el mismo nombre que su chalet de Jersey: «Warm Valley». La mudanza ha sido tan discreta que el nuevo inquilino, en la primera noche de su instalación, se encuentra asediado por una nube de chicas que le habían tomado por Frankie.

El yate de vela rosa que está anclado al borde del lago es un regalo de Axel Stordhal, el adaptador de «Noche y día». Desde el puente de este bonito yate se lanzará Sinatra para salvar a un niño de tres años que ha caído al agua. Sus padres le darán las gracias sin saber quién es aquel nadador tan delgado.

Todos los que pasan el fin de semana en «Warm Valley» desmienten los rumores de discordia entre Frank y su mujer. El hogar les parece alegre, lleno de cajas de cigarrillos con música, ceniceros a barullo, alta fidelidad por todas partes y anfitriones sonrientes. Pero esto no es más que una fachada.

La casa estaba en cierto modo maldita desde que Mary Astor había llevado en ella una vida de locura. Frank se preguntaba si el clima de aquella villa no tendrá alguna influencia en sus dificultades con Nancy.

—Me siento a disgusto —dijo—, como si marchara por la cuerda floja, y estoy constantemente irritado. Nancy y yo disputamos por las cuestiones más vulgares e insignificantes.

En octubre de 1946 sale de Hollywood por dos semanas. A su regreso la pareja parece muy unida de nuevo y los admiradores suspiran con alivio. Una ilusión más o un breve aplazamiento. El ballet del llamado «Tarzán de alcoba» comienza con más fuerza. Se le atribuyen las aventuras más novelescas. Tan pronto es una estrella que recorre millares de kilómetros para verle, como es él quien hace llover oro sobre una actriz. Nancy se entera de que había gastado 100.000 dólares en seis meses con una de sus conquistas.

También en Nueva York, Frank es considerado el «don Juan número uno». Durante sus quince días de ausencia de Hollywood hace estragos. Una recién casada de veinte años es demandada de divorcio por su marido, que se queja de su comportamiento al día siguiente de la ceremonia nupcial: le ha abandonado para ir a escuchar a Sinatra y no ha vuelto hasta las cinco de la mañana con una excusa un tanto rara: «La fiesta era tan alegre que no tuve valor para marcharme antes de que terminara.»

la banda de las "ratas de holmby hills"

Mientras sólo se trata de aventuras sin futuro y de personas de encuentro que no hacen más que atravesarse en el camino de Frankie y se alejan sin dejar huellas, Nancy puede cerrar los ojos como si se resignara a una especie de fatalidad. Pero aventuras más estables son otra cosa.

Cuando su marido, después de un violento ataque de cólera, da un portazo una tarde de 1947 y va a exhibirse con Lana Turner, Frank siente, tal vez en seguida, su arrebató, pero el mal está hecho. Ella no perdona aquella provocación pública, que hace correr mucha tinta y envenena todavía más la atmósfera. Por primera vez ella piensa en serio en la separación.

Pero un gran amor de juventud tiene enorme vitalidad. Resiste mucho antes de morir, aunque esté mortalmente herido. Todavía se harán desgraciados durante más tiempo, del

mismo modo que tendrán nuevas alegrías «partiendo desde cero». Unos amigos les reconcilian y un año más tarde nace su tercer hijo, la pequeña Cristina.

La unidad de la familia Sinatra parece consolidarse con este quinto recién llegado.

Se creía que la familia iba a dispersarse. Pero lo que hizo fue trasladarse a una vivienda más amplia; Frank ha comprado por 130.000 dólares una maravillosa villa de 15 habitaciones con piscina en Holmby Hills. Esta vez, la precedente propietaria no deja detrás de ella el diario de sus amores.

Pero éste no es, en cierto modo, más que su jardín de infancia, porque Frankie adquiere poco después por 160.000 dólares una segunda casa en Palm Spring, con una piscina en forma de piano, que va a ser lugar de cita de las mayores estrellas de Hollywood: los David Niven, Katherine Hepburn, Spencer Tracy, Mike Romanoff y, sobre todo, los Bogart.

Es la edad de oro del reinado de Sinatra. Goza entonces de su poderío. Ninguno de sus invitados se va sin haber recibido algún regalo extravagante, como un encendedor de 250 dólares marcado con sus iniciales. En aquel año de 1949, uno solo de sus estudios de grabaciones le ha proporcionado más de 300.000 dólares, y uno de sus pozos de petróleo, en Wyoming, tiene una producción diaria de 220 barriles. Tiene un avión privado. Y podría tener 10.

Bing Crosby reconoce su ascenso y ve que llega todavía más lejos.

—Toda persona capaz de hacerse tantos amigos como ha hecho Frankie en tan poco tiempo —dice— debe forzosamente ser «alguien» o tener «algo». Necesitamos tipos como él. No le impidamos avanzar. Debemos animarle.

Frank no se deja embriar y no le faltan apoyos desde que forma con una pléyade de celebridades una asociación que tiene en sus comienzos más de alegre reunión que de sociedad secreta, y que se llama la banda de las «ratas de Holmby Hills». Humphrey Bogart es su director de relaciones públicas y su mujer, Lauren Bacall, es Gran Maestre, como si se tratara de una logia. Frank se nombra a sí mismo pontífice honorario o, simplemente, el Dago. Se hace grabar este título —que hace pensar a la vez en el Renacimiento italiano y en la mafia siciliana— en sus cajas de cigarrillos, estuches de cigarrillos, llaveros y otros objetos personales.

Las «ratas de Holmby Hills» tie-

nen excelentes principios, como lo recuerda Lauren Bacall: «Hay que ser capaces de pasar noches en blanco y de llenarse de bebida sin olvidar la dignidad de miembro de la asociación. Y pobre del que ataque a uno de los nuestros, está perdido.»

encuentro con "el más bello animal del mundo"

El Dago ya no se controla y sus saltos de humor son terribles. Nancy se mantiene a buena distancia, atrincherada en el hogar familiar de Holmby Hills, mientras Frankie celebra memorables fiestas alrededor de su piscina-piano de Palm Springs. Cuando no juega al «play-boy», lucha a puñetazos. Una noche busca querrela a un invitado que le ha servido un martini que no es de su gusto y tiene que intervenir la policía.

El 8 de diciembre de 1949 alguien desafía espléndidamente el poder del «sultán del desmayo». Frank encuentra en un teatro de Nueva York a su doble femenino, que es su igual por el mal carácter y la fantasía, pero que tiene sobre él la ventaja de ser el más bello animal del mundo: Ava Gardner. Va a perseguir a esta mujer que se le escapa como si su alma hubiera pasado dentro de aquel cuerpo magnífico, como si corriera detrás de su propia imagen.

Vuelve a ver a Ava en una fiesta en Palm Springs y, a partir de aquel momento, se aferra a ella como la cola a la madera. La locura se inicia de una manera muy romántica.

—Me sugirió—contará ella—llevarme a casa. Bajo las estrellas, me confió que su matrimonio iba de mal en peor. Luego me dio una serenata bajo una palmera.

Un mes más tarde, por una casualidad cómplice, Frank y Ava fueron contratados al mismo tiempo para aparecer en un nuevo hotel de Houston, en Texas.

Una noche estaban los dos cenando a la luz de unas velas en el fondo de un tranquilo restaurante especializado en espaguetis, que entusiasman al pequeño italo-americano. La pareja creía no haber sido reconocida, cuando surgió un fotógrafo de prensa.

—¿Puedo tomar una fotografía? —preguntó apuntando su máquina.— Me basta con treinta segundos.

—¡Id al diablo todos vosotros, impertinentes!—aulló Sinatra.

—Vamos, señor, es mi manera de ganarme la vida; trabajo para vivir, como usted.

Frank se levantó dispuesto a todo. Ava escondió el rostro entre sus manos.

—Perfectamente, don Juan—dijo el fotógrafo encogiéndose de hombros—; continúe representando la escena a su manera.

un disparo de advertencia

No hay necesidad de que aparezca una fotografía en los diarios para que Nancy se indigne con la nueva favorita. En el fondo sabe que su matrimonio ya no se tiene en pie. Cuando Sinatra quiere regresar a Holmby

Hills, el 15 de febrero, su llave no puede abrir la puerta: su mujer ha mandado instalar un cerrojo de seguridad para impedirle la entrada. En la víspera de San Valentín telefona a su abogado para anunciarle que todo ha terminado entre ella y Frank. Un poco por bravata, ella se exhibe en público con un amigo, Dave Stein. Se les ve bailar juntos en el Mocambo, precisamente donde Frank había llevado a Lana Turner.

Ava sigue en Nueva York y, siempre por coincidencia, Frank pasa al Copacabana, donde lanza de nuevo su «Vieja magia negra». Su compañía le inspira una segunda juventud y, al mismo tiempo, unos celos feroces. Sabiendo que ella toma un vaso en el Bop City, un cabaret donde se presenta su ex marido, Artie Shaw, se precipita con la idea de armar un escándalo. Los dos niños terribles regresan más tarde cada uno por su lado a sus apartamentos, que están uno junto a otro en Hamphise House. Una violenta discusión se entabla por teléfono, de una habitación a la otra. Luego, las voces cesan y se oyen sonar dos disparos. Ha sido en el cuarto de Frank. Como puede comprobar la policía, nadie ha resultado herido. Era un disparo de intimidación y de advertencia...

Durante este tiempo, Nancy se instala en una residencia separada y pide la custodia de sus tres hijos. Declara que los bienes de la comunidad —están casados en régimen de gananciales— pueden valorarse en 750.000 dólares y que su marido ha obtenido unos beneficios de más de 900.000 dólares en 1949. Sinatra es condenado en ausencia a entregarle la casa de Holmby Hills y 34 acciones de la Sinatra Music Corporation. Deberá también cederle un tercio de sus ingresos hasta 150.000 dólares y el 10 por 100 de todas sus ganancias que sobrepasen esta suma. En virtud de lo cual, Nancy acepta el divorcio.

Dos días después del juicio, Ava se va a España para rodar una película. Sinatra, que acaba de terminar otra, está entregado a sí mismo. Comienza a perder peso y cae de 67 a 59 kilos. Tiene hemorragias en la garganta y su médico le aconseja que haga un viaje, por ejemplo, a Europa. No se lo hace decir dos veces y toma el avión hacia España.



En el apogeo de su fama, Frank Sinatra formó con varios amigos una asociación que se llamaba «Las ratas de Holmby Hills». Humphrey Bogart era el director de relaciones públicas y su mujer, Lauren Bacall, el Gran Maestro. Frank se nombró Pontífice honorario. Años después, cuando murió Bogart, y se vio juntos a Lauren y Frank se dijo que ella sería la única mujer capaz de suavizar y domesticar a Sinatra, de igual forma que había sido capaz de amansar al duro Bogey...

PROXIMO CAPITULO

III

CANTANTE CONTRA TORERO